



Capítulo 546: Árbol del fruto del mundo

El silencio que siguió pareció contener la respiración del propio bosque. El lago de sangre había dejado de burbujejar, como si el mundo entero estuviera esperando su respuesta.

Qliphoth mantuvo sus ojos dorados fijos en Virgilio. Ya no había pretensiones ni metáforas. Sólo una verdad desnuda, que parecía flotar pesada en el aire como plomo.

"Acepto," dijo finalmente, cada sílaba se extendía como si desgarrara algo dentro de ella.

Virgilio arqueó una ceja. Una sonrisa lenta curvó sus labios.

"Ah... finalmente," murmuró, satisfecho. "Así que eso es todo."

Qliphoth se enderezó en su silla, sus largos dedos rojos se entrelazaron como raíces retorciéndose bajo la tierra.

"Pero... para que algo así sucediera..." ella hizo una pausa, y el sonido resonó como un trueno distante, "tendrás que consumir el fruto del Árbol del Mundo. La semilla donde todo comienza."

Vergil no mostró ninguna sorpresa. Él simplemente se inclinó hacia adelante, apoyando su codo sobre la mesa y fijando su mirada.



"¿Comer el fruto de un árbol que pasa todo el día aburriéndome con metáforas?" Él sonrió. "Suena justo."

"Hablas como si no entendieras", respondió ella, pero su voz no tenía fuerza de reprimenda. Fue casi un lamento. "El fruto es más que una ofrenda. Es un vínculo. Es una raíz. Una vez que lo aceptes, no habrá vuelta atrás."

Virgilio se reclinó y cruzó los brazos.

"¿Desde cuándo me preocupa volver?"

Ella lo miró fijamente, como si intentara encontrar una grieta en ese muro de arrogancia. Ella no pudo encontrar uno. Luego bajó la mirada y dejó escapar un largo suspiro.

"Sólo quiero salir de aquí", admitió. "Ya no soporto este lago. Esta prisión. Esta sensación... de estar siempre atrapado."

Virgilio inclinó la cabeza y su sonrisa se volvió más provocativa.

"Ja. Un árbol quejándose de tener raíces. ¿Quién lo hubiera pensado."

Por un momento, su mirada dorada se encendió de irritación. Pero pronto dio paso a algo más oscuro, más vulnerable.

Escrita en silencio, Qliphoth levantó la mano. Sus uñas alargadas brillaban rojas y el aire a su alrededor temblaba como un cristal a punto de agrietarse. De la nada apareció en su palma un fruto: grande, pulsante, de un color carmesí intenso, como si estuviera hecho desde el corazón mismo del bosque.



El aroma que emanaba era dulce y amargo al mismo tiempo, embriagador y nauseabundo. Un perfume antiguo y primordial.

Sin ceremonia, se lo arrojó a Virgilio.

Extendió la mano y lo atrapó fácilmente, girándolo entre sus dedos como si fuera una manzana cualquiera. Sus ojos azules brillaron mientras examinaba el objeto pulsante.

"Hm," ella murmuró. "Lindo."

La ironía era clara y Qliphoth sólo entrecerró los ojos en respuesta.

Virgilio levantó el fruto hacia su rostro, observando su forma irregular, casi viva.

"¿Y qué hago con ello?" preguntó, sin apartar la vista del objeto.

Qliphoth apoyó su barbilla sobre su mano y sus labios se curvaron formando una sonrisa lenta y enigmática.

"Masticar... y tragar."

El silencio volvió a caer. Sus palabras resonaron en toda la isla, a través de las raíces, al otro lado del lago.

Virgilio apartó la mirada de la fruta y la dirigió hacia ella, con una sonrisa en su rostro.



"¿Eso es todo?" preguntó, como si dudara de una receta demasiado simplista.

"Eso es todo", respondió con firmeza.

Se rió suavemente, un sonido lleno de desdén y diversión.

"¿Me haces esperar meses, me llenas los oídos de filosofías interminables... y al final, solo le doy un mordisco a una fruta?"

Qliphoth no respondió. Ella simplemente mantuvo su mirada fija en la de él, inmóvil, como una estatua.

Luego, Virgilio giró la fruta una última vez entre sus dedos y la levantó, llevándose la boca. Sus dientes brillaban cuando se abrían con una sonrisa fría.

"Ja. Espero que sepa mejor que tu té."

Hundió sus dientes en la pulpa del fruto.

El sonido que siguió no fue un simple mordisco. Era como un trueno apagado, un crujido profundo, como si el mundo mismo se hubiera destrozado en algún lugar a lo lejos. El jugo fluía espeso y caliente, recordando a la sangre.

Virgilio masticó lentamente, con los ojos todavía cerrados por los de ella, desafiante.

"Hm." Se lamió los labios, tragando. "Nada mal."



Qliphoth observó en silencio, pero el lago circundante comenzó a burbujejar furiosamente nuevamente. Las raíces temblaban como en éxtasis. La isla misma parecía respirar más profundamente, como si hubiera estado esperando este momento desde siempre.

Virgilio volvió a girar la fruta en su mano, ahora marcada por la mordedura.

"¿Y ahora?" Preguntó casualmente, como si preguntara sobre el siguiente paso en un juego de trivia.

Qliphoth sonrió. Una sonrisa llena de cosas que las palabras no podían transmitir.

"Ahora... ya no estás solo."

Virgilio cayó de rodillas con un ruido sordo y la fruta se le resbaló de la mano, ya parcialmente aplastada. Todo su cuerpo se estremeció, como si mil espadas le hubieran atravesado la carne a la vez.

"Tsk... mierda..." gruñó, con los dientes apretados, pero pronto el primer chorro de sangre subió por su garganta.

Vomitó en medio del silencio de la isla. El líquido escarlata salpicó el suelo como brasas, hirviendo al tocar la superficie de la tierra pulsante. Pero incluso cuando su cuerpo parecía fallar, su aura crecía. Llamas azules, mezcladas con fragmentos negros y rojos, se expandieron desde él como un torbellino hambriento.

Las raíces circundantes se retorcían en éxtasis, como si intentaran acercarse a esa energía. El lago burbujeaba incontrolablemente, arrojando olas carmesí que salpicaban hasta el borde de la pequeña isla.



Vergil levantó la cara, la sangre goteaba por la comisura de su boca, pero una sonrisa salvaje dividió sus rasgos.

"¿Eso es... todo?" Su voz sonaba distorsionada, como si varias voces resonaran dentro de él. "Puedo tomar... más..."

Qliphoth, todavía sentado a la mesa, comenzó a desvanecerse. El contorno de su cuerpo se fragmentó en partículas doradas, como hojas ardiendo con el viento.

Ella lo observó con esa mirada insondable, sin mostrar piedad. Sólo una leve sonrisa enmarcaba sus labios.

"Nos vemos pronto, Virgilio." Su voz resonó profundamente, como si viniera de debajo de la tierra. "Eso... si no mueres."

Las últimas chispas de su cuerpo se disiparon en el aire y la isla quedó sumida en la oscuridad.

Vergil jadeó, vomitando más sangre, hasta que su visión se volvió borrosa. Todo a su alrededor se disolvió—el lago, las raíces, el bosque mismo. Sólo quedaba un vacío, un remolino de sombras.

Y luego se despertó.